

LOS MOTIVOS DEL LOBO. ACTORES DE LA REVOLUCIÓN

Golpeábamos los muros de adobe en nuestra ansiedad
y nos quedaba por herencia una red de agujeros.

Ruina de México en Tlatelolco,
anónimo náhuatl, siglo XVI

Rafael Torres Sánchez*

Resumen / Abstract. Wolf Motives. Revolution's Characters

Palabras clave / Keywords : revolución mexicana, literatura / Mexican revolution, literature.

El autor divide su artículo en dos partes: la primera es una aproximación a las causas primarias que llevaron a una multitud de personas a incorporarse al movimiento revolucionario de 1910. La segunda se refiere a la desilusión que produjo dicho movimiento en quienes se vieron inmersos en "la bola", sin dejar de mencionar a los que resultaron triunfadores y se incorporaron posteriormente al Estado revolucionario. Más que de la historiografía propiamente dicha del movimiento armado, se hace mención de la literatura de la revolución mexicana (novelas, cuentos, relatos, memorias, etcétera) para explicar los motivos íntimos, cotidianos, que lanzaron a los revolucionarios a la lucha armada. / The first half of this two-part article provides an overview of primary causes that led a crowd of people to coalesce with the revolutionary movement of 1910. The second half displays the disappointment produced by that very movement to those who saw themselves immersed in "the bunch", those who won and, of course, those who ended up incorporating themselves to the revolutionary state. Beyond the historiography of the armed movement, the second part of this article points towards the Mexican revolutionary literature such as novels, stories, memoirs, etcetera. to explain the intimate, everyday reasons that launched these revolutionary actors to grab their guns and enter into action.



Estas breves notas, derivadas en buena medida de un ensayo más amplio sobre la vida cotidiana en la narrativa de la Revolución, constan de dos partes.¹ La primera es una aproximación indiciaria a los impulsos primarios que siguieron innumerables personas incorporadas a la revolución mexicana de 1910 por la fuerza de los acontecimientos y llevadas, asimismo, de la mano de intimidades y

* Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

¹ Rafael Torres Sánchez, *La bottega de la Revolución. Conflicto armado y creación artística*. México: Conaculta, 2008.

objetivos que han encontrado más atención en la literatura que en la historia del movimiento revolucionario. Al decir esto último me refiero a intimidades y objetivos personales relacionados en primera instancia con la cotidianidad, ese ámbito que moldea y modula la convivencia social antes de que ésta adopte la forma de participación política o militar más encauzada, por no decir organizada, a la que se dirige de manera preferente la atención de los historiadores y otros especialistas de las ciencias sociales cuando fijan su atención en el movimiento revolucionario de 1910. La segunda parte se acerca a la desilusión que produjo dicho movimiento en quienes se vieron arrastrados por las ráfagas del meteoro social. Las excepciones, desde luego, corresponderían a quienes resultaron triunfadores o gananciosos, casi todos ellos incorporados posteriormente al moderno Estado posrevolucionario de forma directa o indirecta, pero como la historia es principalmente el estudio de las reglas, más que de las excepciones, dedicaré a éstas apenas un atisbo, para no olvidar que existen, porque, así como también la historia es el estudio de las transformaciones sociales, éstas no podrían entenderse sin las permanencias.

I

De manera habitual, cuando se explican las causas del movimiento revolucionario se habla del ansia y de la necesidad de tierra por parte de amplias franjas de la población mexicana. A tales anhelos se suma la esperanza de libertades profundamente coartadas durante el antiguo régimen que fincó el orden y el progreso definitivos en un aparato represivo bien aceitado, hasta que el huracán social lo echó por los suelos, demostrando su fragilidad. Factores que influyen decisivamente en el estallido del conflicto son la crisis económica, atávica por antonomasia, y la falta de oportunidades de empleo y movilidad social.

En la historiografía del meteoro se habla con profusión, igualmente, del envejecimiento de las clases dirigentes que amasaron importantes fortunas durante el porfiriato, sumiendo a la mayoría de los mexicanos en una pobreza no menos atávica que los anteriores componentes estructurales. Y, sin embargo, por debajo de los planes políticos y otros documentos fundamentales de la revolución mexicana, fluye el río revuelto, muchas

veces desdeñado por los historiadores, de las razones y las sinrazones más inmediatas que tuvieron innumerables personas para lanzarse a la “bola” en busca de mejores oportunidades de vida, o para morir con la satisfacción de haberlo intentado: cambiar las cosas.

Como intentaré mostrar, las motivaciones que tuvieron los mexicanos para alzarse en armas son, en una gran cantidad de casos, de orden más inmediato y perentorio que los motivos ideológicos y conscientes que muchas veces les atribuyen estudiosos más preocupados por observarlas bajo la lente de aumento anacrónica de la historia y de la sociología, que por oírlas expresarse con sus propias palabras. De ahí que, para estas notas, una fuente de primera importancia sea la literatura de la Revolución.² Porque es en ella, precisamente, donde los actores, como suele decirseles en jerga sociológica, externan los impulsos y objetivos que los arrojaron a los caminos con un arma en la mano, o sin ella, pero con la idea fija de conseguirla en el río revuelto agitado por el vendaval.

La literatura de la Revolución, además de constituir una importante fuente para el estudio del huracán social, no se reduce sólo a la novela, con la que habitualmente se le identifica, sino que también comprende cuentos, relatos, memorias, crónicas, cartas, planes y documentos políticos, rectificaciones históricas, artículos, columnas periodísticas y diversos testimonios que, al consultarlos comedida y atentamente, nos enseñan que las personas se fueron a “la bola”, en primera instancia, huyendo de la opresión familiar o lugareña que las sofocaban, quitándoles hasta las ganas de platicar. Si, con posterioridad, aunáramos a tan amplio registro la inferencia histórica y sociológica, estaríamos en condiciones de comprender un poco más lo sucedido hace cien años en este país ancho y ajeno para las mayorías, que tratan de cubrirse de la intemperie con la misma red de agujeros heredada por la Conquista.

¿Cómo, por qué se va la gente a la Revolución? Aquí, como en otros ámbitos, el catálogo es amplio, diverso y lo integran numerosas personas de diferentes oficios y ocupaciones, desde profesores que quieren contradecir

² Al escribir Revolución con mayúscula me referiré, de aquí en adelante, a la revolución mexicana de 1910, siguiendo la sugerencia de Manuel Pedro González, *Trajectory de la novela en México*. México: Botas, 1951.

a sus padres,³ hasta los que huyen del hogar para no casarse,⁴ pasando por los humildes trabajadores del campo que, para no cuidar ovejas o desempeñar otros menesteres en la yunta o en el cerro, se rebelan.⁵ Hay jornaleros que para no seguir pagando la deuda de sus ancestros se incorporan a “la bola”; peones que son arrebatados en leva por el Ejército federal y que luego se pasan al bando revolucionario, o porque robaron algún reloj y andan huyendo, o tuvieron diferencias con algún cacique lugareño o salieron del pueblo para escapar de una novia, como Luis Cervantes, un carpintero y un joven dipsómano y mariguano en la obra inaugural del ciclo de la novela de la Revolución,⁶ o como Espiridión Sifuentes, el protagonista de *Tropa vieja*, la novela de Francisco L. Urquizo, o como el personaje de *Sangre de sol*, de Agustín Yáñez.⁷

Hay también empleados que se alistan en la famosa Segunda Reserva del Ejército, creada por el general Bernardo Reyes en la Secretaría de Guerra durante el crepúsculo del porfiriato. Estos reservistas se pasan pronto al campo revolucionario, dejando atrás sus inicios federales, como Bruno Gloria en el relato de Urquizo, donde también se menciona la odiosa leva practicada por el Ejército federal, en aumentativo tras el asesinato de Madero y Pino Suárez por el usurpador Huerta.⁸

Entretanto, otros se van a “la bola” simple y sencillamente con la intención de salir de pobres, sin ninguna idea de progreso social o altas metas ideológicas, como Genovevo, para quien la Revolución quería decir adueñarse de lo ajeno a fin de tener, “a como diera lugar”, lo que tenían los ricos.⁹ Otros lo hacen sin que nadie sepa cómo ni por qué, como Valderrama, el vagabundo de los caminos.¹⁰

³ Francisco Rojas González, *La negra Angustias*, en *Obra literaria completa*. México: FCE, 1999, p. 385-519.

⁴ José Rubén Romero, *Apuntes de un lugareño*, en *Obras completas*. México: Porrúa, 1970, p. 19-147.

⁵ Mariano Azuela, “Un rebelde”, en Xorge del Campo, *Cuentistas de la revolución mexicana*, 8 t. México: Luzbel, 1985, t. 1, p. 43-48.

⁶ Azuela, *Los de abajo*, en Antonio Castro Leal, *La novela de la revolución mexicana*, 2 vol. México: Aguilar, 1981, vol. 1, p. 61.

⁷ Francisco L. Urquizo, *Tropa vieja*, en *ibid.*, vol. 2, p. 371-486; Agustín Yáñez, *Sangre de sol*, en Xorge del Campo, *op. cit.*, t. 3, p. 137-148.

⁸ Urquizo, “De retirada”, en Xorge del Campo, *op. cit.*, t. 1, p. 171-180.

⁹ Antonio Castro Leal, *El laurel de San Lorenzo*, en *ibid.*, t. 2, p. 54.

¹⁰ Azuela, *Los de abajo*, en Antonio Castro Leal, *op. cit.*, vol. 1, p. 109.

Agustín Haro y Tamariz cuenta la historia de dos periodistas que, a fin de incorporarse a “la bola”, se adiestran antes con soldados de plomo y una maqueta; a la postre, sólo uno de ellos logra incorporarse a las filas de Pánfilo Natera en Zacatecas y obtener el grado de mayor, como se había propuesto.¹¹ Otros, como el dependiente de la tienda “El Cazador Mexicano”, de Coyoacán, donde se surte el vate japonizado José Juan Tablada, se van a “la bola” fastidiados por pasar la vida “tras el palo” (el mostrador).¹²

Tablada no es el único en escuchar respuestas inesperadas a la pregunta de la motivación que tiene alguien para irse a “la bola”. Hay madres que mandan a sus hijos a la Revolución arengándolos, como si en vez de madres fueran especialistas en teoría de la lucha de clases:

yo no necesito que me cuides —le recrimina una a un hijo que se justifica ante el entonces coronel Heriberto Jara, que pasa por el pueblo donde viven ambos al otro día de la toma de Ciudad Victoria—, estoy sana y fuerte y sé trabajar; no te has ido porque no has querido, ¡ándele!, coja su cobija y váyase con el señor a pelear contra los tiranos asesinos”.

Para no quedarse atrás, el coronel se apea de su caballo y le da un fuerte abrazo a aquella madre ejemplar, exaltándola: “usted honra a México; es usted como aquellas antiguas matronas romanas de que habla la Historia.”¹³

En un cuento de Agustín Yáñez, otra madre envía a “la bola a Martín”, su hijo menor, para que cuide al mayor, Jorge. El problema es que ambos se incorporan, sin quererlo, a bandos contrarios.¹⁴ Yáñez describe con prosa renovada y llena de giros de lenguaje inéditos hasta entonces en la narrativa mexicana, un paraje desolado y ardiente donde se levanta un pueblo que hasta ese momento sólo ha sabido de la Revolución, como otros tantos lugares parecidos —y diferentes— por rumores contradictorios. En la vanguardia

¹¹ Agustín Haro y Tamariz, “El grado de mayor”, en Xorge del Campo, *op. cit.*, t. 3, p. 23-26.

¹² Antonio Saborit (texto introductorio, “La Decena Trágica en los diarios de José Juan Tablada”), *La Ciudadela de Fuego. A ochenta años de la Decena Trágica*. México: Conaculta / Biblioteca de México / INAH / Secretaría de Gobernación / AGN / INEHRM / Instituto Mora, 1993, p. 15.

¹³ Anselmo Mancisidor Ortiz, “Una heroína”, en Xorge del Campo, *op. cit.*, t. 3, p. 59-60.

¹⁴ Yáñez, *Sangre de sol*, en *ibid.*, t. 3, p. 137-148.

rebelde de reconocimiento viene Jorge Villegas, un lugareño, otro más de los que regresan en esas trazas a su pueblo de origen, de donde lo habían arrebatado los rurales en leva, merced a las incriminaciones del comisario. Por eso Jorge “estuvo calentando la inquina, meses y años, a saltos con la muerte, que lo espoleaba cada vez que conseguía escapársele. Su pleito de vivir era para desquitarse, aunque ya no vivieran los culpables directos. Era su lucha por volver, tanto tiempo estorbada”, anota el escritor, resumiendo los pensamientos de Jorge, otro que logró ascender a coronel después de fugarse de las tropas federales, cambiándose al bando rebelde para llegar hasta ese día “de arreglar cuentas al comisario y al rico por parejo —enlista Yánez agravios generalizados por todo el país y asumidos de forma idéntica o parecida por los alzados—; a las mujeres despreciativas; a las tiendas que no les fiaban; a la iglesia de donde una vez lo corrieron vergonzosamente dizque por bellaco”. El único problema es que en el otro bando, el de “los pelones”, viene Martín, su hermano. He aquí otro cuadro frecuente en la literatura de la Revolución: los hermanos o parientes que se enfrentan por militar en bandos opuestos. En la historiografía también se contempla semejante cuadro, aunque despojado de los tintes dramáticos que adquiere en la literatura.¹⁵

Hay quienes se van a “la bola” por puro gusto, como Alvarito, en la novela de Rafael F. Muñoz,¹⁶ y quienes lo hacen porque asesinaron a alguien y huyen de la justicia; tampoco faltan quienes son despojados de sus ranchitos por parientes de algún gobernador, o vejados por el jefe político del lugar, o porque les quemaron su casa, o porque eran saqueados por los federales y por los revolucionarios, o para sacudirse el aburrimiento, o porque “la bola”, simple y sencillamente, los arrastró sin saber cómo ni cuándo, poniéndolos en la senda del cobro de venganzas personales, o porque fueron arrancados de sus querencias por la odiada y temida leva, sin olvidar a los presos puestos en libertad a fin de que se incorporen a las filas de la “revolufia”, otra acepción huracanada del conflicto. Gregorio López y Fuentes presenta a uno de estos últimos personajes.¹⁷

¹⁵ Véase, por ejemplo, de Antonio García de León, *Resistencia y utopía*. México: Era, 1985, 2 t., y, especialmente, *Ejército de ciegos*. México: Ediciones Toledo, 1991.

¹⁶ Rafael F. Muñoz, *Se llevaron el cañón para Bachimba*, en Antonio Castro Leal, *op. cit.*, vol. 2, p. 792.

¹⁷ Gregorio López y Fuentes, *Campamento*, en *ibid.*, vol. 2, p. 227.

En cuanto a los peones de las haciendas, priva la confusión entre ellos y, al estallar el conflicto y escuchar que algunos se han incorporado, los confunden con gavilleros, pensando que su lugar está junto al patrón, como pondrá en claro la historia regional andando el tiempo.¹⁸

Martín Luis Guzmán comienza su extensa crónica relatando los motivos que lo llevan a incorporarse al movimiento revolucionario: una indignación profunda contra Victoriano Huerta.¹⁹

En este sentido, no sobra insistir en que la literatura considera una gama mucho más amplia que la historiografía en lo que respecta a los motivos personales de quienes decidieron irse a rodar con “la bola” echando bala, pues, a diferencia del enfoque académico que sólo por excepción deja de unificarlos o reducirlos a objetivos ideológicos, la literatura escucha los impulsos primarios y repentinos, los anhelos de libertad doméstica y otros resortes de intimidad, sin desdeñar, obviamente, las causas políticas, repetidas a lo largo del país, como las de los campesinos tlaxcaltecas de filiación maderista contra los jefes políticos, una de las instituciones del porfiriato más odiadas por el pueblo debido a las constantes afrentas, abusos y humillaciones que perpetraban en su contra tales funcionarios, como se describe en numerosas obras. Una de ellas es la de Miguel N. Lira.²⁰

En *Los de abajo*, de Mariano Azuela, *La Codorniz* se va a “la bola” luego de robar unas gallinas o unos anillos de brillantes, qué más da, lo mismo que Venancio, de quien se dice que por haber envenenado a la novia. Anastasio Montañés se levanta en armas pues le cuadra mucho repeler a los federales, sin contar la mano que le echa a su compadre Demetrio, quien a su vez lo hace porque le cuadra el ruido, pero sobre todo porque, siendo mediero, se vio forzado a enfrentarse con don Mónico, el cacique. Al platicar hechos y sucedidos, Demetrio Macías monta el primer acto de una representación colectiva donde la vida cotidiana transcurre sin contratiempos hasta que los actores, constantemente afrentados por la policía del antiguo régimen, deciden poner remedio al oprobio. Entonces, al ajuste de cuentas sucede la huida a la sierra para esperar que en el pueblo

¹⁸ López y Fuentes, *Tierra, ibid.*, vol. 2, p. 270.

¹⁹ Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente*, en *ibid.*, vol. 1, p. 270.

²⁰ Miguel N. Lira, *La escondida*, en *ibid.*, vol. 2, p. 1067.

se les olvide el difuntito. De esa forma crece el remolino. No falta quien eche suertes para decidir a qué bando incorporarse, como *El cojo* Timoteo en la novela de Agustín Vera.²¹ En cambio otros, como Ángel, se hacen soldados de la Revolución al expedirse la Carta Magna en 1917.²²

Felipe Rojano, revolucionario maderista de Tlaxcala, sigue en “la bola” con la intención de realizar sus sueños de grandeza, afianzar su situación económica y convertirse en cacique, lo que está a punto de lograr cuando le da muerte su compañero y correligionario Máximo Tépal, indio como él.²³

Agustín Haro y Tamariz le presta la voz a un maestro de escuela para ensayar las causas sociales e individuales del conflicto en una larga y reposada arenga frente a sus alumnos de primaria que se comportan, lo hemos dicho en otro pasaje, como adultos, o poco menos que. El maestro repasa los agravios porfiristas llevando el tema hasta un cabecilla revolucionario triunfador de la primera hora: “¿Quién podría decirnos qué vejaciones alientan a García —dice el profesor, hablando del cochero del padre de Alfonso, cuando éste abandona el salón para emigrar a Europa con su familia, en vista de las circunstancias ahora adversas para los privilegiados del antiguo régimen—, qué latigazos o qué despojos encendieron la antorcha de la reivindicación y lo convirtieron en un cabecilla que tiene la confianza de su gente, porque es de su clase y como ella sufrió?”²⁴

En otro cuento, Haro y Tamariz ve puros pretextos como causas de la Revolución; pretextos para acumular muertos —y lugares comunes y puntos suspensivos—: “Muchos pretextos, muchos muertos. Es más fácil encender una revuelta que apagarla. Unos reclamaban privilegios perdidos, otros promesas no cumplidas, aquellos innmerecidas preeminencias. Los combates y las escaramuzas seguían. Más pretextos y más muertos...”²⁵

Al evocar su participación en el levantamiento, Desiderio González ensaya para encontrar la causalidad histórica desde la perspectiva lírica de la ordinariez:

²¹ Agustín Vera, *La revancha*, en *ibid.*, vol. 1, p. 813-925.

²² Jorge Ferretis, *Cuando engorda el Quijote*. México: México Nuevo, 1990, p. 55.

²³ Miguel N. Lira, *La escondida*, en Antonio Castro Leal, *op. cit.*, vol. 2, p. 1091.

²⁴ Haro y Tamariz, “¡Era cochero de mi padre!”, en Xorge del Campo, *op. cit.*, t. 3, p. 20.

²⁵ Haro y Tamariz, “Un predestinado”, en *ibid.*, t. 3, p. 34.

Era una diversión aquello y todos tan contentos. Es porque éramos muchachos y todo nos venía (guango) y nuestros contrarios eran gente forzada, mandados por profesionales; gente de orden que peleaban con reglas fijas, que tenían familia a quien cuidar y a quien mantener, mientras que nosotros ni familia ni nada, ni a quién hacerle falta. El que caía, caía, y ni quién lo extrañara. Nosotros éramos la gente del pueblo, los que no tienen nada y por tal razón nada les importa. Sólo tienen la vida, y la vida cuando nada se tiene, también poco vale.²⁶

Antes de pasar a las ilusiones que destrozó el movimiento revolucionario, escuchemos al cronista norteamericano John Reed encontrar en el hambre la causa de la Revolución mexicana:

Yo no he salido nunca de esta pequeña comarca —le dice un hombre frente al fuego, en Chihuahua—. Ni siquiera he ido a Jiménez. Sin embargo, me han dicho que hay muchas tierras ricas al Norte, al Sur y al Este. Pero ésta es mi tierra, y yo la quiero. Durante años y años, lo mismo mi abuelo y mi padre que yo, hemos visto a los ricos almacenar el trigo y tenerlo en el puño cerrado delante de nuestra boca. Sólo la sangre les obligará a abrir la mano ante sus hermanos.²⁷

II

Si el fin que persiguen los escritores de la primera etapa de la narrativa contemporánea de México, inaugurada por el ciclo de la novela de la Revolución, consiste, como quieren algunos críticos, en la toma de conciencia acerca del conflicto, una pregunta se impone: ¿para qué se hizo la Revolución?²⁸ Los personajes responden, abrumadoramente, con escepticismo y desilusión. Uno de los precursores de la nueva narrativa que emerge en el crepúsculo del porfiriato, Emilio Rabasa, dice que la Revolución es

²⁶ Urquiza, *Fui soldado de levita*. México: SEP / FCE, 1984, p. 161 (Lecturas Mexicanas)

²⁷ John Reed, "Peones (Más allá de Jiménez)", en Xorge del Campo, *op. cit.*, t. 5, p. 165.

²⁸ Véase, entre otros, Marta Portal, *Proceso narrativo de la revolución mexicana*. Madrid: Espasa-Calpe, 1980. Para ella, las respuestas de los novelistas a las primeras preguntas de "por qué" se hizo la Revolución y "para qué" se hizo, son insuficientes; en cambio, el realismo que caracteriza su escritura contesta cumplidamente el "cómo" se hizo (p. 38).

consustancial a la Historia; “la bola”, en cambio, es hija de la ignorancia y castigo inevitable de los pueblos atrasados.²⁹

Distorsionados por la tendencia panfletaria y la monserga redentora característica de la narrativa menos conocida, pero no por ello menos importante, en virtud de los nuevos valores que señala, tanto como de las motivaciones para el alzamiento, el escepticismo y la desilusión producidos por “la bola”, como se le dice gráficamente al huracán revolucionario, recoge lo anotado por los escritores más conocidos. Mariano Azuela, el Doctor Atl, José Rubén Romero, Germán List Arzubide, Francisco L. Urquizo, Jorge Ferretis, Martín Luis Guzmán, Nelly Campobello, Agustín Vera, Mauricio Magdaleno, Miguel N. Lira, José Mancisidor, Antonio Castro Leal, Rafael F. Muñoz, José Vasconcelos, entre muchos otros, satirizan o lamentan la persistencia de la explotación del pueblo ejercida durante el porfiriato, aunque la Revolución haya traído a otros.

En el catálogo de afrentas diseñado por los narradores del meteoro conviven obras de irrigación inconclusas, hijos pródigos que vuelven para defraudar a sus coterráneos, presupuestos volatilizados en forma inexplicable, saqueos, violaciones, leva, venganzas personales, destierros, simple trashumancia que, de atávica, vuelve a la superficie sólo para encontrarse con que a dondequiera que dirija los pasos hallará la misma inequidad, al parecer insoluble. Este panorama aparece en *La judía*, del Dr. Atl, *Anuncios a Línea desplegada* y *Un rebelde*, de Mariano Azuela, “Es la Revolución”, de Germán List Arzubide y *La tristeza del viejo*, de Francisco L. Urquizo;³⁰ también en *Cuando engorda el Quijote*, de Jorge Ferretis, en *Desbandada*, de José Rubén Romero y en *Los de abajo*, de Mariano Azuela.

Los orígenes de la desilusión se remontan ocasionalmente en el tiempo, atribuyéndole a la Independencia su origen: “el cura Hidalgo dejó las cosas a medias —reflexiona Espiridión Sifuentes—; seguían los gachupines mandando en nuestra tierra; quién sabe hasta cuándo [...] ¿qué se puede esperar de un pueblo que le debe su independencia a un cura?”³¹

Sin ir tan lejos, el costumbrismo expresa el desasosiego producido por la Revolución, “que en su primera sacudida mezcló nuestras capas

²⁹ Antonio Magaña Esquivel, *La novela de la Revolución*, 2 t. México: INEHRM 1964, t. 1, p. 15.

³⁰ Puede consultarse a todos ellos en Xorge del Campo, *op. cit.*, t. 1.

³¹ Urquizo, *Tropa vieja*, en Antonio Castro Leal, *op. cit.*, vol. 2, p. 377 y 403.

sociales y despertó en los de abajo la esperanza de una igualdad por tanto tiempo ambicionada".³² Por su parte, Jorge Ferretis da forma a las ilusiones perdidas a causa de la Revolución, en amplios sectores de la población del país, mediante la crítica de quienes abandonaron los principios y los ideales del movimiento.³³ Y José Revueltas vuelve la vista al principio, a fin de señalar la carencia de un programa, de una ideología, de una dirección revolucionaria:

Curiosa esta revolución que parecía no saberse a sí misma. Otras en el mundo, extraían sus frases y sus banderas de las anteriores, y hasta de los ejemplos de la Antigüedad Clásica, tornándose así graves, conservadoras, resucitadoras. Pero esta de aquí como que se desarrollaba en el centro de África, sin que sus hombres supieran dónde habían comenzado ellos mismos y sus padres y sus abuelos. Algunos generales parecían participar en la Revolución —beneficios monetarios aparte— tan sólo por darse el gusto de redactar manifiestos con el estilo de Vargas Vila, y la masa sombría que iba detrás quizá tratase únicamente de vengar el sacrificio de Cuauhtémoc, a quien los españoles quemaran los pies durante la Conquista. Pero en todo caso era algo oscuro, oculto de tan adentro como estaba y de tan grande como se sentía su profundidad [...] Revolución salvaje y justa.³⁴

En el relato de uno de tantos autores menos conocidos, el desencanto lo externa una protagonista infantil que iguala Revolución y bandidaje: "¡Cuántas vidas de hombres de nobles cualidades perdidas inútilmente en una lucha siempre estéril, contra un bandolerismo agigantado por los vendavales trágicos de la revolución!"³⁵ En las antípodas sociales, caciques y curas perciben la Revolución de forma parecida a aquella niña: como un remolino de bandidaje que se levanta para abatirse sobre la gente decente. De ahí que don Ignacio del Llano celebre el golpe de Victoriano Huerta contra Francisco I. Madero: "felicitémonos de haber encontrado la mano de hierro que necesita la nación. Ahora tenemos gobierno de verdad, gobierno de gente decente y honrada".³⁶

³² José Rubén Romero, *Desbandada*, en *Obras completas*. México: Porrúa, 1970, p. 167.

³³ Ferretis, *op. cit.*

³⁴ José Revueltas, *El luto humano*. México: Editorial Novaro, 1970, p. 228-229.

³⁵ Cutberto Hernández Torres, *Crisóforo Gil*, en Xorge del Campo, *op. cit.*, t. 7, p. 135-139.

³⁶ Véase, por ejemplo, de Mariano Azuela, *Los caciques*, en Antonio Castro Leal, *op. cit.*, t. 1, p. 148.

En el desencanto que le produce la Revolución a José Vasconcelos interviene un marcado desprecio urbano que acerca al escritor a las visiones, que ven en el huracán sólo una empresa de bandidaje colectivo: "Así tomó la revolución el giro campesino que la haría abortar años después convertida en simple venganza de una gleba desorientada", anota el escritor.³⁷ Y algo parecido piensa Espiridión Sifuentes en el momento culminante del desencanto: "La revolución, no había sido más que una matanza de gente, sin provecho alguno; una explosión de odios acumulados y vuelta otra vez a lo mismo de antes".³⁸

Aunque no con la misma profusión que las ilusiones perdidas, el huracán consigue adeptos a prueba del desconsuelo. En *Los de abajo*, novela fundadora del ciclo, Valderrama exclama al enterarse de la estrepitosa derrota de Villa en Celaya, en la primavera de 1915, comparando el meteoro con un volcán: "¿Villa?... ¿Obregón?... ¿Carranza?... ¡X... Y... Z...! ¿Qué se me da a mí?... ¡Amo la Revolución como amo al volcán que irrumpe! ¡Al volcán porque es volcán; a la Revolución porque es Revolución!..." En ese mismo polo opuesto a la desilusión también se hallan los triunfalistas satisfechos. En este sentido, una de las idealizaciones de la Revolución más desbocadas y contrarias a la común desilusión corre a cargo de José Mancisidor, quien hace decir a uno de sus protagonistas: "bastó que las leyes fueran conocidas para que todo el país volviera a la paz y al trabajo".³⁹ Mancisidor, dado a envolver la realidad con elucubraciones abstractas y muchas veces imprecisas, sume en una indefinición sin referente las leyes a las que alude el narrador, quien no da muestras de saber si habla de la Constitución de 1917 o de la famosa y circunstancial Ley del 6 de enero de 1915 sobre el reparto agrario, expedida en Veracruz por el autodenominado Primer Jefe, Venustiano Carranza.

No sólo en la narrativa se expresan las ilusiones que la Revolución rompe. También el teatro, que en algún sentido forma parte de la misma, lo manifiesta. Luis Octavio Madero, por ejemplo, se interesa más en los horrores de la Revolución que en cualquier otra faceta del conflicto.⁴⁰

³⁷ José Vasconcelos, *Ulises criollo*, en *Memorias*, 2 t. México: FCE, 1982, t. 1, p. 355.

³⁸ Urquiza, *Tropa vieja*, en Antonio Castro Leal, *op cit.*, t. 2, p. 459.

³⁹ José Mancisidor, *En la rosa de los vientos*, en *ibid.* t. 2, p. 675.

⁴⁰ Luis Octavio Madero, *Los alzados*, en Jorge del Campo, *op. cit.*, t. 7, p. 157.

Otro tanto hacen los dramaturgos Severiano Ocegueda, Luis R. Zuarza, Salvador Calvillo Madrigal y, a finales de los treinta, Rodolfo Usigli, cuyo *Gesticulador* representa en el teatro lo que *La sombra del caudillo* en la novela, una de las cumbres más altas de la literatura de la Revolución. Años después, durante los cincuenta, Francisco González Franco denunciará en sus obras el mal y la perversidad del gobierno en turno, recurriendo a personajes y episodios revolucionarios, algo parecido a lo que llevan a cabo los autores religiosos y antirrevolucionarios Rodolfo Onete Barenque y Ezequiel de la Isla; el primero publica en 1936 una larga obra, abultada con el concurso de 35 personajes, titulada *La realidad en las manos del hombre*, y el segundo hace lo propio con tres obras: criticar furibundamente a la Revolución. En cambio, para autores como Gregorio López y Fuentes, en la Revolución “no hay honrados ni hay sinvergüenzas; lo que hay son circunstancias”.⁴¹

⁴¹ López y Fuentes, *Campamento*, en Antonio Castro Leal, *op. cit.*, t. 2, p. 179-249.

